

NOTICIA DE LIBROS

Antología de las obras del Excmo. Sr. Vizconde de Eza. 1.037 págs. Editado por la Sección de Estudios de la Escuela Social de Madrid.

Fué don Luis de Marichalar uno de los más certeros adivinadores de la fuerza que lo social y lo económico iba a tener en el porvenir de los pueblos (un porvenir que para nosotros es ya apremiante e insoslayable presente). Su larga vida de hombre estudioso y de político la entregó toda a desplegar sobre el panorama de la vida cotidiana de España el pensamiento y las formas que lo social y lo económico iban adoptando en el mundo. En muchos aspectos, la actividad del Vizconde de Eza se anticipó a lo que fuera de nuestros límites nacionales era uso. A influjos de Eza y su escuela, España legisló la jornada de ocho horas antes que ningún otro país (aquel Decreto del Conde de Romanones que hizo veces de Código laboral).

Esta *Antología* reúne en cuatro apartados lo más saliente que el Vizconde de Eza escribió sobre agrarismo, sobre economía, sobre sociología, sobre política. Al frente de cada una de estas cuatro partes van otros tantos prologuillos valorizadores del aspecto en cuestión. El pensamiento de Eza pudiera parecer ahora carente de profundidad y exactitud en muchos aspectos, pero en los decenios en que se escribieron aquellos ensayos, libros o artículos, no se había llegado aún en España al afinamiento técnico y rigorización de conceptos a que después nos han acostumbrado los tratadistas de cuestiones sociales y políticas. Por eso resulta muy práctica esta edición de lo más saliente de la obra vastísima y heterogénea de Eza. Es de suponer que la Escuela Social de Madrid prosiga con otros escritores sociólogos del mismo período el criterio editorial que ha utilizado para el caso que nos ocupa.

Al prologar este libro, traza don León Martín-Granizo una atinada semblanza

del Vizconde sociólogo y economista y, a la vez, nos da una síntesis histórica del movimiento social de España, lo mismo en el aspecto doctrinal que en el de los hechos, desarrollado en las postrimerías del ochocientos y primeras décadas del siglo que vivimos. Con exacta valoración del alcance que tuvieron en su día, resalta Martín-Granizo las dos principales creaciones que, en lo orgánico y constitutivo, ideó y concretó el esfuerzo de Eza. Esas dos creaciones, verdaderas reformas a fondo de una realidad sin rostro ni carácter —como era la realidad española en el vértice del novecientos—, fueron el montaje, por primera vez en España, de la formación profesional y técnica, en sus diversos grados, y la organización de la Corporación Nacional. En cierto modo, la jerarquización social en sindicatos únicos y de producto está implícita en el esquema, borroso ciertamente, que actuaba como determinante de su pensar en la mente del Vizconde de Eza.

Es lástima que en esta *Antología* no se haya guardado una mayor severidad selectiva que dejase fuera muchas parrafadas innecesarias y que sólo añadiera farrago a la línea conceptual. Pero acaso este rigor, que es del gusto nuestro, quitase carácter y estilo a la manera oratoria y romántica de don Luis de Marichalar. Cada época tiene su fórmula de expresión, y la de Eza es eminentemente decimonónica, es decir, redundante, amplificadora, de movimiento despacioso. Pero lo que importa es hallar reunida en un tomo manejable toda la variada producción sustancial de uno de los sociólogos más caracterizados de una época —y época de transición— de España, aunque el detalle ofrezca aquí y allí criterios discutibles.

B. M.

EUGENIO FRUTOS PROEL: *El humanismo y la moral de Juan Pablo Sartre*. Santander, 1949.

Nos previene el subtítulo de este libro contra las esperanzas que pueden concebirse en un principio: Crítica, reza este subtítulo. Y el lector, pertrechado ya de lo que Frutos le promete y con la conciencia de lo que en los tiempos que corren cabe hacer, comienza su lectura sin recordar ninguna buena exposición del pensamiento de Sartre en lengua castellana. La idea de alegar el error de nuestro camino antes que se nos ocurra incidir en él es plausible, y nada tenemos que alegar en contra.

Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía hace ya muchos años y que trabaja más cada día, tiene sobrados medios para exponer la doctrina de Sartre y del existencialismo; en este trabajo reciente se limita a las ideas de Sartre, y de manera especial a las contenidas en su manifiesto ya tan traído y llevado en todo el mundo. «El existencialismo es un humanismo.» Tres son las partes de este libro del profesor Frutos: una general, en que expone las ideas más generales del existencialismo y sitúa la personalidad de Sartre, sobre todo en relación con la filosofía de Martin Heidegger; la segunda parte está consagrada a la traducción del manifiesto de Sartre, sin las polémicas que comporta la edición francesa, y, en fin, la tercera parte expone un comentario amplio y ceñido de los puntos más importantes del manifiesto. No hay que decir que la traducción es pulcra, tanto en lo que se refiere al empleo de la palabra precisa en cada instante como en lo que mira a la versión sistemática del pensamiento de Sartre, más difícil de lo que a primera vista se supone, si queremos conservar incólumes sus matices expresivos.

En la primera parte se echa de ver en seguida que Eugenio Frutos ha escrito esta crítica con el deseo de que oriente a los lectores españoles, y sobre todo a los que ahora empiezan a estudiar Filosofía. Sabe muy bien el autor de este libro que la crítica presupone un conocimiento, y que la crítica en sí misma parte de ciertos supuestos, en este caso claros y visibles desde las primeras páginas. Un cotejo de las citas

que aduce Frutos nos convence en seguida. Todas son tan prudentes que bastan a mitigar cualquier desliz que el lector encuentre en el escrito de Sartre que se traduce. Todas, hasta las palabras disparatadas de Maritain, en que retuerce el pescuezo a la palabra existencia, lista para enjaretársela nada menos que a Santo Tomás, ya que Santo Tomás se ocupaba con primacía de la esencia. No queremos repetir, porque es innecesario, que el profesor Eugenio Frutos se ha propuesto iniciar a los que se acercan ahora a los temas filosóficos en las doctrinas de Sartre. Y tampoco es preciso insistir en que ese propósito es el que da al libro su carácter esencialmente pedagógico.

Así, pues, la exposición de Eugenio Frutos parte de dos supuestos muy fáciles de advertir: la concepción católica de la vida, la moral y la filosofía y la concepción que de estas cosas tenemos en España. La misma exposición de Heidegger, amplia, clara y minuciosa, la toma Frutos del libro de Waehlens que ha traducido al castellano el P. Ceñal, S. J. Lo que el profesor Frutos ha querido hacer es un libro conciso que dé una visión de conjunto del pensamiento de Sartre y libre al propio tiempo al estudiante de la seducción que tienen las obras de este autor, hoy uno de los más leídos en todo el mundo; también ha querido Frutos que el alumno no se deje llevar del encanto de esas bellezas efímeras ni de esa realidad tremenda que ha alumbrado el existencialismo y que, buena, mala o regular, es la del hombre de nuestros días. Eugenio Frutos ha conseguido estas dos cosas, quizá una tercera, aun sin proponérselo: la doctrina de Sartre sale tan mal parada de esta crítica implacable que parece más que difícil que nadie se aventure a zambullirse en el resto de sus obras —muchas y de índole muy diversa— después de meditar bien las objeciones que en este librito se le dirigen.

No es menester decir aquí lo que en seguida encuentra el que lee con atención el libro de Frutos. Está escrito con

claridad, las citas se ofrecen con el es-
crúpulo que pide el más exigente, las
ideas de los distintos autores que se po-
nen a contribución son entrecomilla-
das o transcritas sin perder nada de su
esencia; en suma, el método es el apro-
piado en esta clase de obras, preciso en
su conjunto —se trata de criticar un li-
brito de Sartre— y escueto en sus por-
menores. Pero a manera de resumen
diremos que nos complace mucho el que

Eugenio Frutos no se deje llevar de lo
efímero que comporta el existencialis-
mo y que nos complacería casi tanto
el encontrar una crítica como ésta he-
cha por alguien menos seguro de sí
mismo que el señor Frutos y un po-
quito seducido por los vaivenes de esa
realidad inefable que es nuestra vida,
rebelde a los mandamientos de la razón
y a las conveniencias que mudan como
las hojas de los árboles.—E. AGUADO.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA: *Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos.*

Ediciones Cultura Hispánica. Colección «Santo y Seña». 209 págs. en 8.º; pre-
cio, 20 ptas. Madrid, 1949.

Bajo el patronato del Instituto de Cul-
tura Hispánica, y en su nueva colec-
ción «Santo y Seña», publica el profesor
Elías de Tejada un libro sobre las doc-
trinas políticas del pedagogo portorri-
queño del pasado siglo, Eugenio María
de Hostos.

En el preámbulo nos advierte el autor
que «la historia de los hombres de las
Espanas es siempre una historia de pa-
sión; por eso para poder entenderlos
tenemos necesidad de echar mano de la
más fría de las consideraciones críticas
y apelar a los recursos más extremos de
nuestra tarea de historiadores del pen-
samiento político». Al terminar la lec-
tura del libro quedamos convencidos de
que el autor ha tenido que apelar a ex-
tremos recursos, pero dudamos mucho
de la frialdad crítica del ensayo. Por-
que a través de sus 200 páginas Elías de
Tejada trata de presentarnos al pensa-
dor borinqueño, quizá con una equivo-
cada buena intención de «hacer hispa-
nidad», como el «hidalgo castellano de
vieja factura», acudiendo al cómodo sis-
tema de mostrárnoslo como un ejemplo
agudo de antítesis entre la obra y la
vida, entre sus opiniones religiosas, fi-
losóficas, morales, sociales y políticas
inscritas decididamente en el positivis-
mo liberal del XIX y su modo de ser
interno, como hombre enraizado en la
vieja tradición hispana, contra la que
combatió intelectualmente durante toda
su vida. No cae en la cuenta el profesor
Elías de Tejada de que, al ohrar así,
contradice el propósito que el librito
anuncia de explicarnos las doctrinas po-

líticas de Hostos. El autor acaba siempre
por menospreciar las ideas de su bio-
grafiado para atenerse a su vida, defrau-
dando así al lector, que, creyendo que
van a exponerle un libro sobre ideas po-
líticas, se encuentra con una biografía
novelada.

En apoyo de estos asertos remitimos
al lector a los distintos capítulos de la
obra, que comienza con un alarde lite-
rario poco frecuente en obras científicas
como la que se nos prometía al decirse
textualmente: «La noche del 11 de ene-
ro de 1839, rumorosa de lluvia tropi-
cal, nacia en la hacienda de la fami-
lia Bonilla, cerca de Mayagüez, Euge-
nio María de Hostos...» o cuando nos
dice: «Don Quijote redivivo anda aho-
ra senderos eternos salpicados de estre-
llas blancas...»

Si religiosamente atacó a los jesuitas
y vió en la Iglesia un obstáculo a la
europeización de los pueblos españoles,
no importa, pues se trataba en el fondo
de un católico a machamartillo. «Lo
fundamental —nos dice el autor— es la
calidad radicalmente religiosa de aquel
grande niño inteligente, que, pese a
desabrimientos externos, ponía en sus
soledades del alma todo el peso de las
inquietudes vitales en el seno regazo de
Dios.» ¡Ay Dios! —decimos nosotros—.
¡Y cuánto daño nos están haciendo el
unanimismo y el tremendismo!

Si filosóficamente era declaradamente
antiescolástico y más bien positivista-
pragmático, eso no empece a su raigam-
bre tradicional, y realmente nos pare-

ce excesivo titular seriamente un párrafo del capítulo III «coincidencias con Kant», en el que se compara a Hostos con el maestro de Königsberg, naturalmente saliendo ganancioso de la comparación nuestro héroe, en gracia al argumento —que no resisto el copiar literalmente— de que su racionalismo es «algo más entrañablemente sentido, más penetrante en el corazón y en las almas, más húmedo de pasiones en lágrimas y en besos, más anudado al torbellino iluso de las vidas».

Tampoco importa que su ética se entronque con el más puro positivismo si a la postre encontramos que tenía una moral de hidalgo. Ni que su sociología sea un claro trasunto de las de Comte y Spencer si refleja en lo hondo una moral social de dignidad. Si Hostos predica un federalismo a lo Pi y Margall

e inspirado en el norteamericano, se nos convence de que se trata de lo mismo que dijo Vázquez de Mella. Si, en fin, combatió a España por la independencia antillana, esto, al fin y al cabo, fué siempre muy español.

Creemos que este libro no contribuye ciertamente a enaltecer la memoria de Eugenio María de Hostos y que tampoco la hispanidad se beneficiará de obras como ésta, que tratan de desfigurar la realidad. No era esto lo que nos prometía con tan grandes frases —huéras frases— la presentación de la colección en la solapa del librito, al hablarnos de «hora crucial para las generaciones», de «enraizar en los hombres hispánicos la idea de su misión universal» y de «ofrecer a sus lectores algo de autenticidad, es decir, del *santo* y *seña* de la hispanidad». —JOSÉ ANTONIO GEFALL.

RAFAEL GAMBRA: *La primera guerra civil de España: 1821-23. (Historia y meditación de una lucha olvidada.)*

Nos encontramos ante un libro interesante y necesario para los investigadores de la historia de un país como el nuestro, vario y extremista hasta para eso, para escribir su historia...

El autor nos entera, al menos a nosotros, que no tenemos el menor interés en restar a la vez que mérito autenticidad a su obra, de unos curiosos, interesantes y hasta trascendentales hechos pasados de forma desapercibida no sólo para el historiador, sino para quien, aunque no tan al detalle y con tanta profundidad como él, conozca la historia del último siglo en nuestra patria...

Flagela a los afrancesados con acierto y desde un punto de vista correcto; tiene palabras de indudable sentido político al referirse a la Revolución francesa, guerra de la Independencia y posteriores guerras carlistas. Estamos con él en la conocida observación de que Napoleón fué el portador de las esencias de la Revolución, y en general en todo aquello en que reprueba la mala influencia extranjera y concretamente el afrancesamiento.

Mas en la página 28, y al socaire de ideal «común y básico», alude al hecho

de que en la cruzada de 1936-39 se luchó bajo el lema Dios y Patria, propio del grito carlista... ¿Cómo vamos a negar la conjunción de ideales y afinidad espiritual de las fuerzas que se opusieron a la anti-España? Pero se nos antoja que hubiese sido más correcto hacer tal afirmación aplicándola a los valerosos voluntarios de los Tercios de Requetés salidos de las tierras de Navarra, evitando con ello que parezca que se hace tabla rasa de otros lemas e ideales, sin la menor concesión a quienes, a más de Dios y la Patria, conceptos sacrosantos e inmutables, levantaron su bandera, de luto por la sangre de sus caídos, no para «remedar lo que en otros lugares de Europa era aclamado», como el señor Gamba afirma en la página 174 de su libro, sino para poner en juego determinados ideales sociales, armonizando nuestro pasado más o menos glorioso (procurando olvidar lo menos) y llegar a muchas, muchísimas metas negadas al pueblo español desde siglos en que no hubo más que eso, una guerrita civil en cada aldea o entre cada dos aldeas...

Tan peligroso resulta para un investigador de la verdad histórica hacerse

eco de viejos apasionamientos como acudir al fácil *slogan* de las *modas* y las *imitaciones* políticas para dar razón de un conjunto de ideales y acontecimientos que sólo tienen de común la hora en que aparecen en el mundo.

Por este sencillo modo de razonar podríamos nosotros llegar a la conclusión de que los carlistas de la primera guerra civil, descrita por el señor Gamba, remedaron lo que estaba de moda en su época. Y con ello afirmar que por «una guerra casi olvidada y desconocida hoy por el común de las gentes, que tiene lugar entre la guerra de la Independencia y la primera guerra carlista» (página 29), se llegó «a una colaboración con la Francia de Luis XVIII, que culmina con la entrada de los Cien Mil Hijos de San Luis»; mas no seremos los que caigamos en semejante espejismo.

En otros aspectos el libro nos parece aceptable, y útil, sobre todo, como

queda dicho, para los estudiosos e investigadores de la Historia, dándonos, por otra parte, esperanzas en el sentido de que si mañana alguien deformase la verdad de nuestro Movimiento y nuestra guerra por el sencillo procedimiento de explicarlos con el truco viejo y harto conocido de la similitud con experiencias coetáneas, y cuando los que vivieron sus primeros pasos hayan desaparecido de este mundo, siempre habrá la posibilidad de que alguien, aunque sólo sea por dignidad profesional —hablando dentro del campo de la investigación histórica—, acuda a desvanecer con un librito al estilo del que es autor el señor Gamba esa especie de sambenito aplicado a todo lo que significa falangismo, en donde por defender anchamente a Dios y a la Patria caben desde el cura don Jerónimo Merino a don Pío Baroja, para quien el autor tiene también su párrafo a propósito del cura Gorostidi.—T. D. P.

JOAQUÍN IRIARTE, S. J.: *Fray Francisco de Vitoria, del linaje de los Arcayas de Vitoria-Alava*. Cons. Sup. de Inv. Madrid, 1950; 51 págs.

Al margen de nuestra ocupación y pre-ocupación teníamos conocimiento, superficial y sumario, de la vasta y diversa tarea publicística del profesor de Historia de la Filosofía de la Universidad Gregoriana de Roma, y en particular de la que consta y perdura en las páginas de la revista *Razón y Fe*. Ahora, algunas fechas después de haber escuchado en la propia Bonn de labios del eminente profesor Curtius lamentaciones de la escasez de estudiosos españoles en las Universidades germanas, y por vía de ejemplo, encomios de la labor realizada en aquella *alma mater* por el padre Joaquín Iriarte de la Compañía de Jesús, llegó a nuestras manos el folleto sobre el origen del fundador del moderno derecho de gentes, tema objeto de estas someras anotaciones.

Esta vez, al par que el asunto, el espolco de la cita laudatoria tornaba aconsejable y hasta incitante la lectura: una excelente aportación histórico-genealógica presentada con el inexcusable aparato científico propio del investigador moderno y con el rigor y método dialécti-

cos —éstos clásicos— del habituado a llevar con firmeza el gobernalle en la procela de las logomaquias y de los sistemas filosóficos de antaño y de hogaño.

El P. Iriarte preparaba un libro a propósito del cometa que conmovió a Europa el año 1577, «donde se verá —tal es su designio— lo que significó para los antiguos la contemplación de estos astros», y al allegar referencias para trazar la semblanza del poco conocido dominico Juan de Vitoria-Gortázar, autor de la *Cometografía*, el estudio de un códice de la Sección de Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional, en el que se contiene su *Historia de los Reyes de Hespaña*, le depara el trascendental hallazgo que permite la segura inserción genealógica del P. Francisco de Vitoria.

El aserto de un especialista en genealogías como es Fray Juan, por añadidura hermano en religión y coetáneo del gran maestro de la Universidad salmantina, y que escribe, además, desde el convento de Santo Domingo de la ciudad de Vitoria, tras haber convivido con aquél en algunos conventos caste-

llanos, viene a resolver de manera fidedigna la cuestión de la procedencia familiar de una de las más señaladas figuras de nuestra historia cultural.

En un inciso del mencionado manuscrito, del que la publicación aduce la pertinente fotocopia —entre las páginas 40 y 41—, al hablar de Fray Diego de Vitoria, hermano de Fray Francisco, se dice textualmente: «... frai diego de victoria, natural de burgos, dominico, cuyo padre fue natural de vitoria y del linaje de los arcayas...», para añadir unos renglones por bajo que «... su hermano fray francisco catedratico de prima en salamanca y decano enseñó a leer y estudiar y saber la theologia y ciencias, y assi despues aca ay grandes letrados en hespaña y fueran».

La pertenencia del P. Vitoria al linaje de los Arcayas, representado en la actualidad por don Francisco Díaz de Arcaya y Miravete, marqués de Fresno, constituye, pues, un dato concreto hoy documentalmente irrefragable. De este testimonio, tan diestra como rigurosamente conjugado con la aserción de la naturaleza vitoriana del autor de los días de Fray Francisco, y compulsado y

contrastado con lo que los eruditos han escrito respecto a las fechas de nacimiento del catedrático de prima y de su hermano Diego, así como de la exégesis —página 45— del «Ego sum Gamboa», manifestación hecha por el propio maestro salmantino en sus prelecciones, llega el P. Iriarte a una serie de interesantes deducciones relacionadas con el debatido origen del precursor del moderno Derecho internacional, origen de cuyo carácter polémico da buena idea la amplia nota bibliográfica inicial de las del folleto que glosamos. Estas secuelas, más o menos directas, del testimonio documental preciso, podrán ser puestas todavía en tela de juicio y sacadas nuevamente a la palestra. Pero su reputación cumplida, si cabe, corresponderá sólo a aquel a quien una afanosa rebusca venga a brindar el «previsto azar» del dato —«para los estudiosos no se conocen ferias», dice el propio padre Vitoria en el umbral de su selección *De homicidio*—, a menos que un discurso más buido o contundente le consienta hacer mella en la cerrada argumentación del autor de este trabajo meritísimo.—M. SUÁREZ.

DINO ALFIERI: *Dos dictadores frente a frente*. Editor, Luis de Caralt. Barcelona. 1950; 40 pesetas.

Era una Europa feliz y galante, alegre y sin prisas, aquella de 1914. Las más graves preocupaciones eran el vencedor del Derby, los bailes de la Otero, una cena con las chinas del *ballet* de Sergio Lifar, correr Europa sin pasaporte. Así evocamos, en un recuerdo de lecturas antiguas de diarios amarillentos y revistas con señoras de pámela y caballeros de hongo y barba, los años que corrían cuando ya iba a estallar la «guerra grande». Esa que se nos ha quedado chica y perdida, casi de juguete, cuando nos sale al paso con su horripalante devastación la de 1939, que quiera Dios que por años y años podamos llamar la segunda y última guerra del siglo xx.

Hemos querido fijar en unas líneas la alegría del vivir de los días que precedieron a 1914, para evocar después los que antecedieron al estallido de la de

1939. Para destacar que, si ya los días no eran tan fáciles, ni mucho menos tan felices, tampoco las gentes corrieron con tanta alegría a la grave y horrible aventura de la guerra.

La guerra que Dino Alfieri ha relatado en las páginas de sus *Memorias*, escritas en el paraíso de paz y libertad de la gran nación suiza, no es la sangrienta de los campos de batalla. Su guerra es la de entre bastidores, la de los escenarios donde se movieron los protagonistas de la misma, aquellos que la desencadenaron y la condujeron. Dino Alfieri nos lleva a sus entrevistas, y también a otras más trascendentales de que fuera testigo, a los salones de las embajadas, a los banquetes, a dramáticas conferencias y excursiones a los campos de batalla. Así, sin casi entrar en consideraciones y siguiendo el hilo de los días en que fuera embajador del

Imperio italiano ante el III Reich, vamos descubriendo claves políticas. Vamos viendo lo que se dejaba adivinar y ahora se hace claro, descubrimos las graves defecciones de la política alemana a los que fueron sus aliados.

Unos aliados que también descubre el libro fueron fieles, pero no entusiastas, ya que ni Mussolini, ni Ciano, ni Alfieri, ni el rey, ni el pueblo italiano, tenían la más mínima simpatía por el Reich. Y esto es uno de los puntos, de las claves que más claramente se dilucidan leyendo al embajador Alfieri.

Pocas memorias de las que nos ha traído la última conflagración son tan sinceras, tan completas como las de Dino Alfieri. Son cuadros cinematográficos en que están bien vistos desde las «estrellas» hasta los extras, fotogramas bien captados que son ya y lo serán más aún en el futuro documentos de primerísima mano para el mejor estudio de tan turbulenta época de la Historia contemporánea. En ellos está ya desvelado con «luz y taquígrafos» todo lo que estaba aún entre sombras, rumores y notas oficiales, es decir, en el misterio. El fino espíritu latino de Dino Alfieri sabe calar hondo en los sucesos y en los hombres, y va viendo con clarividencia y

rapidez cuál va a ser el drama de la contienda. Lo ve y le quiere poner remedio, y es ahí en esas páginas donde acaso está uno de los puntos más interesantes de todo su vivo y apasionado relato.

Están las *Memorias* de Alfieri cargadas de anécdotas, de semblanzas, de datos inestimables que abarcan desde su tranquila embajada en la Santa Sede hasta la hora grave y solemne del Consejo Supremo del Fascismo, en que había de declinar la estrella y el poder de Benito Mussolini. Instantes cargados de gran emoción que Alfieri, testigo presencial, desarrolla con toda suerte de detalles.

En el presente libro, en una sola ocasión aparece el nombre de España. Es en la sobremesa de una comida de Hitler a Mussolini, en la que aquél tiene frases nada amables, digamos mejor, insultantes, para España y sus altos jefes, por no querer ir a la contienda. Pequeña si se quiere, pero clara muestra, una vez más, de lo que fué la firme neutralidad española. Es un libro vivo e interesante el de Alfieri, un libro que pone frente a frente a dos hombres y bien puede decirse que a dos pueblos. J. SAMPELAYO.

SANTO TOMÁS DE AQUINO: *On Kingship: to the King of Cyprus*. Translated by B. PHELANS. Revised and edited by I. Th. Eschmann, O. P. Toronto: The Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1949.

El doctor Phelans tradujo hace algunos años el conocido opúsculo de Santo Tomás *De Regimine Principum*, con el título *On the Governance of Rulers*, prestando un excelente servicio a los estudiosos en general, ya que hoy pocas son las personas cultas que no sientan interés por las obras del aquinatense. Sin embargo, el texto latino empleado por Phelans y las notas necesitaban una revisión realizada desde el punto de vista de la crítica actual. El P. Eschmann, excelente conocedor de la materia, ha llevado a cabo tal revisión, produciendo una obra del mayor interés tanto desde el punto de vista crítico como desde el interpretativo.

El título tradicional, *De Regimine Principum*, no es, insiste el P. Esch-

mann, el que corresponde a la inacabada obra de Santo Tomás. El título auténtico sería *De regno, ad Regem Cypri*, y el tradicional con que se la conoce correspondería a la parte añadida por algún otro autor medieval.

El editor ha consultado los manuscritos medievales con objeto de reconstruir en lo posible el texto auténtico. De la importancia de las innovaciones admitidas da idea el hecho de que la traducción de Phelans se cambia a veces con variantes de importancia.

Amparándose en la autoridad de los manuscritos consultados, el P. Eschmann ha introducido cambios de importancia en el habitual orden de los capítulos. Así, el libro primero de la nueva edición consta de doce capítulos,

incluyendo los once primeros de la numeración tradicional. El libro segundo comprende nueve capítulos, que proceden de los libros primero y segundo de la antigua división.

Las divisiones internas de los capítulos las compone el editor por párrafos numerados, con objeto de facilitar la referencia a las distintas partes del libro.

El P. Eschmann discute en la introducción acerca de las fuentes que sir-

vieran a Santo Tomás y conecta las distintas partes del opúsculo con el resto de las obras del Doctor Angélico. En apéndice se recogen los textos paralelos a los del Santo de distintos autores. La obra del P. Eschmann tiene el mayor interés para los estudiosos de la Edad Media, para los historiadores de la Filosofía y particularmente para los historiadores de las ideas políticas.—E. T. G.

DEPARTMENT OF STATE: *United States Relations With China*. 1950.

Libro sumamente interesante el preparado por el Departamento de Estado norteamericano y en el que se aborda el problema de sus relaciones con el pueblo chino durante un período de cien años, haciendo referencia especial a la época 1944-49, llena de acontecimientos de gran trascendencia y resonancia en el panorama mundial de nuestros días. Imposible reseñar en pocas líneas, siquiera de modo sumario, el contenido de tan interesante volumen, que consta de 1.054 páginas, limitándonos, pues, a casi un índice esquemático del mismo.

El interés del pueblo y del Gobierno americanos por China tiene raíces muy profundas y, a pesar de las diferencias de fondo que separan a ambos países, la amistad americana hacia el pueblo chino se ha visto intensificada por lazos de carácter religioso, filantrópico y cultural. Los Estados Unidos han sostenido y mantienen en la actualidad los principios fundamentales de su política exterior con respecto a China, en los que se incluyen el régimen de puerta abierta, el respeto a la integridad territorial y administrativa de China y la oposición a cualquier forma de dominación extranjera.

Dos factores principales han desempeñado un importante papel en el destino de la China moderna: su creciente población, que ha creado un problema casi insoluble para el país. El Kuomintang intentó solucionar el problema de la tierra, pero fracasó rotundamente, y la propaganda comunista se ha encaminado principalmente a solventar tal problema, aunque sin muchas posibilidades de éxito. El segundo factor que ha influido de modo decisivo en la China contem-

poránea lo constituye el impacto de las ideas de Oriente y Occidente.

Durante más de trescientos años los chinos contaron con una elevada cultura y refinada civilización que les mantenía apartados de todo contacto exterior. Aun sometidos a un poder militar extraño, los chinos supieron dominar y absorber a los conquistadores, considerándose, no sin cierta razón, como el centro del universo y la más alta expresión de la Humanidad civilizada. Pero a mediados del siglo xix la muralla aislacionista de China cayó ante el empuje de Occidente. Los nuevos conquistadores traían un más elevado orden cultural y un mayor desarrollo técnico, cosa que no se había producido con anteriores incursiones extranjeras en China. En parte debido a estas cualidades y en parte también a la decadencia de la dinastía Manchú, los occidentales, en lugar de ser absorbidos por los chinos, introdujeron nuevas ideas que han desempeñado un papel preponderante en la vida del país. A principios del siglo xx, las fuerzas combinadas del exceso de población y las nuevas ideas, produjeron aquella cadena de acontecimientos que denominamos Revoluciones chinas, unas de las más interesantes de la Historia, cuyas consecuencias no pueden preverse todavía. De uno de estos movimientos revolucionarios surge el Kuomintang, primero bajo la presidencia del Dr. Sun Yat Sen y luego del generalísimo Chiang Kai-Shek. En 1927, el partido comunista empieza a enfrentarse con el Kuomintang y su doctrina está dirigida por el ímpetu revolucionario de la Rusia soviética. La exigencia de la Tercera Internacional sobre una mayor participa-

ción de los comunistas en el Gobierno, precipitó la ruptura entre ambos partidos. El periodo comprendido entre 1927-1937 lo llena la lucha por el Poder sostenida por el Kuomintang y el partido comunista. Aunque se logra una cierta unidad de miras en la lucha contra el Japón, ambos partidos buscan principalmente el logro de sus respectivos intereses. La entrada en la guerra de los Estados Unidos significa un incremento en la ayuda al pueblo chino, iniciada ya en 1941 con la ley de Préstamos y Arriendos. La participación posterior de Rusia en la guerra contra el Japón y sus declaraciones tendentes a no reconocer otro Gobierno en China que el nacionalista de Chiang Kai-Shek, se vieron bien pronto desmentidas por los hechos y con la victoria comunista y la fuerte influencia de Moscú, la política americana se ha

visto colocada en una posición poco airosa.

Trata el libro las distintas misiones enviadas con el fin de llegar a una solución del problema chino: la del general Hurley, la del general Marshall, la del general Wedemeyer, quien recomendó que los Estados Unidos continuasen prestando su ayuda a la China nacionalista con ciertas condiciones que no llegaron a realizarse. El libro en cuestión constituye un documento diplomático del más alto valor e indispensable para el conocimiento de la situación china en uno de los momentos más apasionantes de la Historia contemporánea. Termina con las diversas medidas tomadas en pro de la ayuda económica al pueblo chino, e inserta unos cuantos anexos de tratados, informes y acuerdos de gran trascendencia.—JULIO MEDIAYILLA.

ERNST VON HIPPEL: *Der Bolschewismus*. Duisburg, H. E. Vissier, 1948; 48 págs.

El estudio de Hippel tiene por objeto analizar la estructura teórica del Estado soviético, por un lado, y del bolchevismo considerado como fenómeno espiritual universal, por otro, caracterizando su origen y desarrollo internos. El autor opone el dogma materialista bolchevique al de la Iglesia cristiana, el culto soviético de la máquina al de los iconos, símbolo aquél de la supremacía de la materia frente a las fuerzas espirituales representadas por estos últimos. Lenin y Stalin son los sacerdotes supremos de esta nueva religión cuyo profeta es Marx.

La parte central de la obra de Hippel la ocupa el análisis del «Capital» de Marx como fundamento filosófico del bolchevismo y de su doctrina del empirismo absoluto, negando todo elemento espiritual en el ser humano y en el universo. El carácter irreal y subjetivo de la teoría de Marx queda plenamente confirmado por la realidad soviética, ya que el Estado soviético ha fracasado en su intento de fundar una sociedad sin clases, convirtiéndose por el contrario en opresor y dueño absoluto de las demás componentes del organismo social.

El hecho de que el materialismo o empirismo haya llegado, sin embargo, a construir la base del dogma bolche-

vique, lo explica el autor por la estructura particular del espíritu ruso y de la Iglesia Ortodoxa, menos universal que la Iglesia Romana y más estrechamente ligada al poder estatal desde que Pedro el Grande fundara el primer Sinodo, en 1721. La alianza de la Iglesia Ortodoxa con el poder terrenal constituye, según Hippel, la base de la propaganda atea del Estado soviético, de acuerdo con la doctrina de Marx de que el espíritu no es más que el disfraz del poder político.

La falta de firmeza del cristianismo ruso ha favorecido el predominio del materialismo marxista, influenciado a su vez por el racionalismo francés y el empirismo anglosajón, y robustecido por el método filosófico alemán. Copérnico, Darwin y Haeckel son tan importantes como el mismo Marx para la estructura teórica del bolchevismo, considerado como negación del mundo de las ideas, en el cual la Santísima Trinidad del Cristianismo ha sido sustituida por la trinidad atea de «Fuerza-Causalidad-Materia», el principio moral de lo bueno por la jerarquía de lo malo y el hombre por el «proletario».

El autor termina afirmando que la única posibilidad de impedir la expan-

sión de la ideología bolchevique en el mundo entero consiste en la vuelta al Cristianismo o, por lo ménos, al orden moral establecido por éste, abandonando la tesis relativista de la democracia cuantitativa.

Más que en la originalidad de las

ideas, el interés de esta obra de Hippel, catedrático de la Universidad de Colonia, reside en la exposición clara y sistemática de un problema espiritual y moral, a la vez que político, que afecta en lo más hondo el porvenir de la Humanidad.—G. P. A.

ERNST V. HIPPEL: *Rechtsgesetz und Naturgesetz*. Tübingen, 1949. Neomasius Verg. 93 páginas.

El objeto del libro de Hippel, uno de los que constituyen la colección «Forma», dedicada a la estructuración de una morfología general, consistente en poner de manifiesto que aquello que normalmente designamos con el nombre de ley jurídica está en una interna relación con lo que denominamos ley natural. Entrambos conjuntos de normas, el que expresa la normatividad en el campo jurídico y el que la manifiesta en el orden natural, están indestructiblemente vinculados, si bien la tendencia al mecanicismo que parece implícita en la observación de la Naturaleza tiende a imponerse y construir la vida exterior, como un Leviatán destructor de la moralidad. Los dos supuestos, la Naturaleza y el espíritu, son las dos raíces y componentes de la vida, pero ha de haber entre ellos un equilibrio, que se rompe cuando por influencia del concepto de ley natural la ley jurídica se convierte en mera y mecánica legalidad.

El hombre moderno, dice Hippel repitiendo las palabras de un jurista contemporáneo, está en la situación de quien navega en un barco sin osar acercarse a la costa por miedo a los arrecifes y bajíos peligrosos, pero que cuando está en alta mar ha de volver a la costa para orientarse, pues carece de brújula. En efecto, Hippel recuerda que

en todos los tiempos la juridicidad ha tenido un ideal vivificante hasta la edad contemporánea, en que el positivismo, consecuencia de la filosofía natural, le sustrajo los fundamentos espirituales. Para fundamentar su tesis Hippel hace un estudio histórico de las relaciones entre ley jurídica y ley natural en las distintas épocas, comenzando por los pueblos precristianos, comparando después judaísmo y cristianismo, para seguir a continuación el proceso de la historia de la cultura universal desde las civilizaciones antiguas hasta el positivismo.

El capítulo más interesante, a mi juicio, es el que dedica a Goethe. En él se expone con indiscutible cariño el pensamiento goethiano acerca de la correspondencia entre materia y espíritu como una superación de la rigidez normativa impuesta por las ciencias naturales; tal superación tiene mayor importancia si consideramos que Goethe previó y predijo la apocalíptica crisis del hombre actual.

Aunque el autor no lo diga explícitamente, de diversas partes del libro se induce que ve en Goethe un pensador con fuerza suficiente para construir desde su pensamiento una nueva espiritualidad ético-jurídica.—E. T. S.

CARL BRINKMANN: *Friedrich List*. Duncker & Humblot. Berlín-Munich, 1949.

Conocido en el extranjero por una sola de sus obras, el valor de la polifacética figura del economista alemán Federico List no había sido tampoco bien aquilatado en su propia patria hasta que la monumental edición de sus

obras por la Friedrich List Gesellschaft brindó en forma accesible y sistemática material de trabajo a los estudiosos alemanes. Sin embargo, hasta la publicación del libro cuya sigla antecede, no existía, que sepamos, otro estudio bio-

gráfico sobre List que el debido a Lenz, coeditor de las precitadas obras completas. Ha sido preciso que la catástrofe abatida sobre Alemania pusiera una vez más de relieve el valor de actualidad de List para que la fina penetración de Brinkmann produjera este trabajo que comentamos y que, a nuestro juicio, cumple satisfactoriamente su propósito de ahondar en la investigación de la figura de List y de sus conexiones sociales, para resaltar cómo la problemática planteada por él conserva su plena significación. Como en todos los libros de Brinkmann, campea en éste la penetración y la agudeza conceptual, no exenta de barroquismo literario. Espigando aquí y allá en sus obras, va planteando una serie de sugerencias que, si no

siempre son aceptables sin una precisión crítica depurada, poseen en todo caso un interés evidente. Brinkmann nos presenta un List de carne y hueso. Como siempre, acierta más como sociólogo que como economista, especialmente cuando trata de situar la posición de List dentro del campo de las doctrinas económicas. En realidad, es éste hoy un intento cuya importancia nos resistimos a aceptar y que, en definitiva, pugna con el verdadero sentido que el autor ha pretendido y logrado con su obra. De aquí que no estimemos ésta como objeción suficiente para atenuar lo más mínimo el juicio favorable que nos merece la obra del profesor Brinkmann.—J. A. PIERA:

Der Kampf um den Frieden. Ein neuer Weltkrieg oder eine neue Ordnung?
Historisch-Politischer Verlag Koblenz. 1949.

En estos últimos tiempos se discute apasionadamente el problema de la Federación, que es considerada como la única posible solución a los males que aquejan al mundo, habiéndose constituido al efecto en Roma un movimiento federal que intenta convertir en realidad sus principios. Resultado de estos movimientos es la publicación del libro titulado *La batalla de la paz*, que, en realidad, está constituido por una serie de artículos, debidos a personalidades relevantes, sobre el tema federal. Dicho libro está dividido en tres grandes capítulos, a saber: «Enseñanzas del pasado», en el que se agrupan tres ensayos sobre «Las experiencias federalistas del pasado», «Enseñanzas del federalismo suizo» y «Movimientos internacionales en el siglo XIX, 1815-1914». En el segundo capítulo, titulado «Problemas del presente», aparecen distintos artículos que tratan de «El federalismo alemán», «La energía atómica», «Las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S.», «Alemania en Europa», «Los países del Sudeste y el plan de una Confederación europea», «La organización federativa de la economía europea», «La guerra y el Derecho penal internacional» y «La unidad de Europa». En el tercero y último capítulo, «El futuro de la paz», figuran cinco artículos:

«¿Está la O. N. U. en condiciones de asegurar la paz mundial?», «Papel de los cristianos en pro de la paz», «La ciencia y la comprensión entre los pueblos», «Colaboración espiritual» y «El federalismo y la paz».

Todos ellos tienden al mismo propósito de demostrar que la forma federal es la más perfecta y la única que en estos momentos puede aportar una solución favorable a los problemas que el mundo tiene planteados. Al tratar de las formas federales del pasado se mencionan las Ligas anfiónicas de Grecia, la Confederación de Delos, Lacedemonia, Beocia, etc., que, aun teniendo un carácter eminentemente religioso, trataban de materias políticas. Las Confederaciones de las ciudades etruscas y latinas del Latium, muy similares en su espíritu a las griegas y que desaparecieron bajo el poder romano. El largo paréntesis transcurre hasta la Confederación de las provincias Unidas de los Países Bajos y de los cantones suizos, el federalismo alemán en sus diversas manifestaciones: Sacro Imperio-Confederación del Rin-Confederación Germánica-Confederación de la Alemania del Norte e Imperio federal.

Al estudiar los movimientos internacionalistas en el siglo XIX se alude a la Cristiandad medieval y a las teorías

de San Agustín, Santo Tomás, Suárez, etcétera, y a los proyectos del abate Pierre Dubois, que se considera como el antecedente del Pacto de la Sociedad de Naciones, el cual instituía una especie de Federación con un Congreso llamado Concilio; los de Sully, San Simon, etcétera, para llegar a las Conferencias de la Paz de 1899 y 1907, Sociedad de Naciones y Naciones Unidas, en nuestros días.

Entre los distintos artículos que constituyen el segundo capítulo merecen citarse el de las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S., que aborda el problema, hoy de palpitante actualidad, de una posible guerra entre ambos colosos, aunque considera hacedera una colaboración que cada día se hace más difícil por la falta de confianza entre ambos. Se estudia en otro artículo la posición de Alemania como parte integrante de Europa, llegando a la conclusión de que no se concibe una Europa unida sin la integración de Alemania, elemento indispensable, tanto a su defensa como a su economía. Los países del sureste europeo son objeto de otro artículo, destacándose la importancia que tienen para la unión europea y abogando por una pronta recuperación de su libertad e integración con el resto de los pueblos europeos. En el artículo dedicado a la organización

federal de la economía en Europa se estudian las distintas posibilidades que la misma ofrece desde distintos puntos de vista, tales como el patrón monetario a adoptar, los planes económicos elaborados por las diversas naciones, a saber: plan Monnet, plan Morrison, plan checoslovaco, ruso, polaco, etc.; barreras aduaneras, Uniones aduaneras, etcétera.

Interesantes asimismo son los artículos del último capítulo, especialmente el del papel de la O. N. U. para garantizar la paz mundial, en el que se hace referencia a los movimientos internacionales en pro de la paz, iniciados con las Conferencias de La Haya en 1899 y 1907, constitución de la Sociedad de Naciones en 1919 y fracaso de su política, y, por por último, Organización de las Naciones Unidas y medios de que dispone para asegurar la paz.

En el dedicado a los cristianos se hace destacar la creciente importancia de las doctrinas de la Iglesia en favor de la paz, considerándose llegada la hora de los verdaderos cristianos que han de agruparse para la salvación del mundo. Termina el libro con un ensayo sobre el federalismo y la paz, considerando que es la única fórmula posible para alcanzar aquélla en un mundo libre e igual para todos.—J. MEDIAVILLA.